

blizose un arreglo á la manera el que habia servido para los contratos matrimoniales, cuyas principales bases eran: que la justicia se administraria por los dos de mancomun cuando se hallasen juntos, é independientemente cuando estuviesen separados; que las cartas y provisiones Reales irian firmadas por ambos; en las monedas se estamparian los bustos de los dos, y en los sellos se pondrian las armas de Castilla y de Aragon reunidas; los cargos municipales y los beneficios eclesiásticos se proveerian en nombre de los dos, pero á voluntad de la reina; los oficios de Hacienda y las libranzas del tesoro se espedirian por la reina tambien, y á ella solamente harian homenaje los alcaides de las fortalezas en señal de soberania. Firmó Fernando el concierto; pero lejos de quedar satisfecho con esta distribucion de poderes, mostróse disgustado hasta el punto de amenazar con volverse á Aragon. Menester fué toda la prudencia de Isabel, aquella prudencia que esta insigne princesa no habia de desmentir nunca, para templar y tranquilizar á su ambicioso marido, esponiéndole que aquella division de poderes no era sino nominal, puesto que sus intereses eran comunes é indivisibles y sus voluntades habian de marchar siempre unidas, y que la exclusion de las hembras que él pretendia seria un principio perjudicial á su propia descendencia; toda vez que entonces solo tenian una hija, la princesa Isabel, que un dia podria ser llamada á la herencia del trono de Castilla. Razonos fueron estas que espuestas con la dulzura natural á aquella gran señora, aquietaron el ánimo del orgulloso Fernando, mucho mas que la decision arbitral del arzobispo de Toledo y del cardenal Mendoza á que la cuestion se habia sometido. Y en verdad, no podia quejarse de la parte de poder que se le conferia un príncipe que mas era tratado como rey que como marido de la reina.

Disipada apenas esta tempestad, levantóse otra que á un tiempo amenazaba á Isabel y á la paz de Castilla. Esta tempestad venia de los partidarios de Juana la Beltraneja, que decian ser esta la legítima heredera de Enrique, como hija suya, y no Isabel, cuyo reconocimiento en los Toros de Guisando habia sido luego revocado por el mismo Enrique. Entre los partidarios de la Beltraneja, contábase el marqués de Villena, si no tan hábil para la intriga como su padre, mas intrépido; el duque de Arévalo, el

marqués de Cádiz, el gran maestré de Calatrava y su hermano, á quienes vino á agregarse el arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo, el mismo que con tanto empeño habia promovido el casamiento de Fernando é Isabel que, segun ya digimos, hasta se le acusó de haber fingido el breve de dispensa pontificia; el mismo que tan acérrimo partidario se habia mostrado de Isabel, pero que ahora parece habia entrado en celos del cardenal de España, no pudiendo ver sin enojo el ascendiente y el favor que este, el ilustre obispo de Sigüenza D. Pedro Gonzalez de Mendoza, se iba ganando para con los jóvenes monarcas con su talento, su sagacidad y sus virtudes. «El envidioso prelado (de Toledo) se retiró de la corte, sin que bastasen á hacerle deponer su amenazante actitud cuantas gestiones amistosas hizo la reina para ello», dice Lafuente refiriéndose al archivo de Simancas (Diversos de Castilla, núm. 9).

Como este partido contrario á Isabel necesitaba un apoyo, le buscó en Alfonso V de Portugal, llamado el Africano, al cual ofrecieron la mano de doña Juana la Beltraneja, sobrina suya, y con ella la corona de Castilla. Esto, unido á que Alfonso habia sido uno de los pretendientes á la mano de Isabel que esta habia rechazado, le estimuló á tomar sobre sí la defensa de la Beltraneja, y desoyendo los consejos de su mismo primo el duque de Braganza y de otros juiciosos portugueses, por mayo de 1475 entró en España, por la parte de Estremadura, al frente de un ejército de catorce mil infantes y cinco mil setecientos caballos, en que venia la flor de los caballeros portugueses, figurándose iban á obtener el lauro que tiempos atrás habian alcanzado en Aljubarrota. Llegó Alfonso con su gente hasta Plasencia, donde se le incorporaron el duque de Arévalo y el marqués de Villena, y presentándole este último su sobrina doña Juana, apresuróse Alfonso á celebrar esponsales (12 de mayo) y despachó en seguida mensajeros á Roma para obtener la dispensa del parentesco que habia entre ellos, y dando ya por hecha la conquista, procedióse allí á proclamarlos reyes de Castilla, y ellos comenzaron á despachar sus cartas Reales á las ciudades, pudiéndose ver en Zurita la que doña Juana envió á la villa de Madrid. Pasaron luego á Arévalo, y allí se detuvo Alfonso aguardando los refuerzos que

esperaba de Francia. Bien vinieron á Isabel estas detenciones, pues á ella y á su esposo don Fernando les dieron algun tiempo para á fuerza de actividad suplir la falta de dinero y de preparativos, pues de todo carecian al tiempo de la invasion, comenzando entonces los príncipes á dar muestras de lo mucho de que eran capaces. A la sazón hallábase en cinta Isabel; mas á pesar de eso corria á caballo á todas partes haciendo largas y penosas jornadas, visitando los puntos fortificados, de dia viajando y de noche dictando órdenes, soportando las mayores fatigas, aun á costa de comprometer la vida del precioso fruto que llevaba en su seno y que al fin se malogró en Tordesillas. Don Fernando por su parte tampoco se estaba ocioso, y merced á los extraordinarios esfuerzos de ambos y á la oportunidad con que entonces les entregó el fiel Cabrera los Tesoros Reales depositados en el alcázar de Segovia, de que era guardador, se encontró formado en Valladolid, como por encanto, un ejército de cuatro mil hombres de armas, ocho mil ginetes y treinta mil peones (julio de 1475), «gente allegadiza y sin disciplina los mas», dice Lafuente, pero que demostraba cuán pronto encuentra soldados quien acierta á ganar el corazón de un pueblo.

Habia avanzado hasta Toro el rey de Portugal y sometiósele Zamora; pero no por eso se desmayaron Isabel y Fernando; y si bien este se retiró de junto á Toro á donde hizo un reto caballeresco á Alfonso que este no aceptó, habiéndose declarado Burgos en favor de Fernando, marchó este á sitiar el castillo de esta ciudad que estaba por doña Juana. Acudió Alfonso á socorrer el castillo, pero á impedir este socorro se dirigieron los esfuerzos de la discreta y animosa Isabel, la cual con varonil resolucion movió la gente de Valladolid y se puso sobre Palencia con su campo volante, manejándose con tanta serenidad y buena maña que obligó al de Portugal á retroceder, si bien este hizo de paso prisionero en Baltanas al conde de Benavente, siendo digno de notarse el heroico hecho que con este motivo efectuó su esposa la condesa, pues á pesar de ser hermana del marqués de Villena, el mas fogoso partidario de Portugal, cuando supo la captura de su esposo, se exaltó tanto su patriotismo, que inmediatamente escribió al rey Fernando

poniendo á su disposicion y obediencia todas las villas y fortalezas de sus Estados, mandando á sus alcaides que le rindiesen homenaje, y diciendo al rey que si esto no le satisfacía, enviase personas que las recibiesen y tuviesen en su nombre.

Atenta á todo Isabel, no solo sostenia por su parte la campaña quitando villas y castillos al marqués de Villena, sino que á fin de proporcionarse recursos convocó cortes por agosto en Medina del Campo, y allí viendo el empobrecimiento del pueblo apeló al patriotismo del clero, proponiéndole se entregase al tesoro público la mitad de la plata de todas las iglesias del reino, á redimir en tres años por la cantidad de treinta cuentos de maravedis; á lo cual accedió gustoso el clero. «Bien conocidas debian ser ya», dice Lafuente, «las virtudes de Isabel, cuando tan al principio de su reinado el pueblo la daba tan gustosamente sus hijos; y el santuario la franqueaba tan sin repugnancia sus tesoros. Sirviéronle estos para reclutar gente, fortificar plazas, adquirir pertrechos y útiles de guerra, y dar al ejército una organizacion de que carecia.» Y bien conocido es tambien, añadiremos nosotros, el patriotismo del clero católico, y especialmente el español, que nunca se niega á hacer el sacrificio de sus intereses, y aun hasta el de sus vidas, cuando ve que con él ha de ser útil á la Religion y á su patria. Pero si está pronto, cuando la necesidad urge, á sacrificar las rentas de la Iglesia, lo está tambien á defender los derechos de esta y á negarse á entregar los bienes sagrados de que es depositario, cuando no la necesidad, no la justicia, sino erróneos principios y el afán por despojarla de sus derechos fuese lo que estimulase á reclamárselos ó apoderarse de ellos. Asi lo acredita la historia de tiempos pasados y la del presente siglo. Pero volvamos á nuestro asunto.

Isabel, que era no menos sagaz que prudente, valerosa y activa, logró entrar en tratos y entenderse con el alcaide de las torres y puertas de Zamora, Francisco Valdés, hasta obtener la promesa de que le daria entrada en esta ciudad, que era la mas importante de las que poseia el rey de Portugal, no solo por sus fortificaciones, sino tambien por estar inmediata á sus Estados y ser como la llave de los dos reinos. Luego que lo supo don Fernando,

que se hallaba sitiando el castillo de Burgos, vino secretamente á Valladolid y después de cinco dias de descanso, marchó para Zamora, donde entró, retirándose asombrado á Toro el rey de Portugal, quien viéndose en apuro quiso entrar en pláticas y se conformaba con que se le dejasen Toro y Zamora, se agregase Galicia á Portugal y se le diese cierta suma de dinero. Pero Isabel, que estaba destinada para realizar la unión de la monarquía española, no podía acceder á que se desmembrase de ella ni un solo palmo de terreno. En su consecuencia Alfonso escribió á su hijo, el príncipe don Juan, viniese con tropas en su auxilio, y efectivamente vino á incorporarse con él en Toro (febrero de 1176) con dos mil caballos y ocho mil infantes, al mismo tiempo que don Alfonso de Aragon, hermano de don Fernando, acababa de tomar el castillo de Burgos, posesionándose de él la reina Isabel, y en ocasión en que habia saltado poco para que la plaza misma de Toro se entregase al rey Fernando, que con esa esperanza habia estado una noche al pie de los muros de la ciudad.

Ingredido el monarca portugués con el refuerzo que su hijo le llevó, dirigió un arrogante manifiesto al Papa, al rey de Francia y á todos sus parciales en Castilla y Portugal, jactándose de que muy pronto daría cuenta de su adversario. Al efecto salió de Toro una noche con el príncipe su hijo á socorrer la plaza de Zamora y recobrar la ciudad (17 de febrero) y de aquí resultó la batalla que podremos llamar decisiva y que describe así el señor Lafuente: «Casi tan pronto como amaneció divisaron los de Zamora las banderas del ejército portugués á la orilla opuesta del Duero y en tanto que los castellanos desde la ciudad combatían la fortaleza con las lombardas, los portugueses desde fuera hacían jugar la artillería contra la torre del puente con intento de abrirse entrada en la población. Mientras se sostenía este doble combate, llegaron á la comarca, procedentes de Burgos, D. Alfonso de Aragon y el infante D. Enrique con su caballería, y uniéndoseles el conde de Benavente (que ya estaba en libertad) y otros partidarios de Isabel, molestaban el campamento de los portugueses, les cortaban los viveres y los reducian á la mayor escasez de mantenimientos. Encontrábase entre dos fuegos ambos reyes, y am-

bos eran á la vez sitiados y sitiadores. El de Castilla sufría en la ciudad los disparos del fuerte y los del campamento portugués; el de Portugal sufría en su campamento los tiros de la plaza y el bloqueo de los que tenía á la espalda. Parecióle al portugués insostenible aquella posición, y una noche la abandonó tan repentina y silenciosamente como la habia tomado (1.º de marzo), y emprendió la vía de Toro, mas no sin dejar cortada la punta del puente para impedir ó entorpecer la salida del enemigo. Ardía Fernando en deseos de dar una batalla, contra el dictamen de su padre el anciano rey de Aragon, que muchas veces le habia aconsejado que no aventurase á ella su suerte, sino que dejara al enemigo debilitarse y consumirse en país extraño. Así sin mas detenimiento que tres horas que necesitó para reparar la cortadura del puente, dejando en Zamora algunas compañías que entretuvieran el cerco y ataque del castillo, salió en pos del ejército portugués, que llevaba ya algunas leguas de delantera y marchaba con gran precaución y buen orden. Alcanzóle no obstante tanto le aguijoneaba el deseo de pelear! á la caída de la tarde y á las tres leguas de Toro, al tiempo que salía de una angostura formada entre el rio y unos collados. Entonces el portugués tomó posiciones ventajosas en una ancha y despejada llanura, tendiendo allí su caballería en orden de batalla. El número de los portugueses era mayor que el de los castellanos, habían escogido posiciones, tenían espedita la retirada á Toro, y podían fácilmente recibir algun refuerzo de esta ciudad. Menos en número los de Castilla, habían hecho una marcha arrebatada y se hallaban fatigados, una parte de la infantería pesada se habia quedado atrás, faltábales la artillería y el sol se iba á poner muy pronto. A pesar de tan desventajosas circunstancias, era tal el ardor de gefes y soldados, que consultados aquellos por el rey opinaron todos por el combate, en lo cual no hacían sino complacer al monarca. Comenzó pues la pelea, siendo el primero á acometer el príncipe don Juan de Portugal, haciéndolo con tal impetu y siendo tal el estruendo y el humo de las espingardas, que hicieron volver grupas á cuatrocientos ginetes castellanos hasta el desfiladero que habia quedado á la espalda, costando trabajo á Alvaro de Mendoza y á los

otros capitanes rehacerlos y conducirlos de nuevo á la pelea. Por fortuna suya habia entretanto el cardenal de España arremetido valerosamente al príncipe portugués, gritando: «Traidores, aquí está el cardenal.» Oyó estas voces el arzobispo de Toledo que peleaba en el campo enemigo. De modo que los dos mas altos dignatarios de la Iglesia española se encontraban combatiendo en opuestas banderas, como si fuesen dos capitanes y su profesion la de las armas. Tales eran las costumbres de aquel tiempo.—Tambien el rey don Fernando embistió con furia allí donde ostentaba su estandarte don Alfonso de Portugal. Mezcláronse entonces todas las lanzas y aun todos los cuerpos, y peleaban con el encarnizamiento de dos pueblos enconados por una antigua rivalidad. El pendon de las quinas portuguesas fue arrancado por los esfuerzos del intrépido Pedro Vaca de Sotomayor; valeroso hasta el extremo era el alférez Duarte de Almeida que lo llevaba: después de haber perdido el brazo derecho, sostúvole con el izquierdo, y cuando perdió ambas manos le apretó fuertemente con los dientes hasta que perdió la vida. Por todas partes iban los portugueses cediendo el campo, y el duque de Alva acabó de desordenarlos y ponerlos en derrota. A muchos alcanzaron todavía las espadas castellanas que los acosaban en la fuga, y otros se ahogaron al querer vadear el Duero. Era ya noche oscura, y algunos se salvaron dando la voz Castilla y pasando por enmedio de los enemigos; una tormenta de agua que sobrevino aumentó la lobreguez y las tinieblas. El príncipe de Portugal se detuvo por consejo del arzobispo de Toledo en el puente de Toro con el resto de sus destrozados escuadrones. Del rey don Alfonso se creyó al principio que habia muerto en el campo, porque no se sabia de él; mas al dia siguiente se averiguó que se habia retirado de la batalla con algunos pocos caballos, y guareciéndose á pasar la noche en el castillo de Castronuño. Regresó el victorioso don Fernando á Zamora, después de haber enviado aviso de su triunfo á su esposa doña Isabel que se hallaba en Tordesillas. La reina, queriendo dar gracias á Dios por esta victoria de un modo egemplar y solemne, dispuso hacer una procesion religiosa á la iglesia de San Pablo, á la cual fué en persona caminando humildemente á pie y des-

calza; y ambos esposos, en cumplimiento de un voto que habian hecho, para perpetuar la memoria de aquel felicísimo suceso, mandaron fundar y erigir en Toledo el magnífico y sumptuoso monasterio conocido con el titulo de *San Juan de los Reyes*, obra grandiosa, que aun hoy mismo se admira á pesar de los deterioros que ha sufrido. Y sin embargo, todavia los portugueses tuvieron la arrogancia de escribir á Lisboa que su príncipe habia quedado vencedor y dueño del campo, como si el engaño de otros pudiera ser bastante consuelo para los que sabian y habian presenciado el infortunio.»

El resultado de esto fué la rendicion del castillo de Zamora, y el regreso del príncipe don Juan á Portugal, á donde se encaminó despechado llevando consigo á su prima doña Juana (la Beltraneja), la desposada de su padre, síntomas ya del mal humor del príncipe y del desaliento y desconfianza del rey Alfonso, el cual se limitaba á pequeñas empresas, tal como al socorro de Cantalapedra que don Fernando sitiaba, y cuyo cerco se convino en alzar por seis meses por tratos que para ello le movió el portugués, y que vino perfectamente á don Fernando para acudir á otra parte. Fué el caso que Luis XI de Francia, ya estimulado por el rey de Portugal, ya por convenirle á él propio, habia hecho una incursion en España por la parte de Guipuzcoa; pero no bien se presentó don Fernando, retiraronse los franceses y se restableció la paz en aquellas provincias. Entretanto fué tal el influjo moral de los triunfos conseguidos por Fernando é Isabel, que hasta los que se mostraban mas dudosos ó indiferentes se adhirieron á sus legítimos monarcas, y los magnates que les habian sido contrarios solo buscaban ya algun medio que les pareciese honroso para hacer su sumision. Uno de los primeros que lo hicieron fué el duque de Arévalo, conde de Plasencia, que habia sido el mas apasionado del rey de Portugal. Los demas gefes de la insurreccion iban perdiendo terreno de dia en dia y sus villas y castillos iban cayendo en poder de Isabel; Madrid, Huete, Atienza, Baeza y otras fortalezas eran reducidas á la obediencia de sus legítimos soberanos, y el arzobispo de Toledo y demas que les eran contrarios se vieron precisados á implorar el perdón de sus

pasados yerros y á solicitar humildemente ser admitidos á la gracia de su rey, prometiendo servirles de allí adelante en público y en secreto, con toda lealtad y fidelidad, contra el de Portugal y su sobrina, contra el de Francia y sus aliados, contra todas las personas del mundo, y jurar á la princesa Isabel por legítima heredera de estos reinos en defecto de varón, como los demás grandes la habían jurado en la villa de Madrigal. Viendo todo esto don Alfonso de Portugal, salió de Toro y se retiró á Francia, confiado en que «el buen rey Luis» le vendría á poner en el trono de España; confianza que no tardó mucho en ver completamente burlada. Como había quedado defendiendo á Toro el portugués conde de Marialva, las tropas de Isabel decidieron á combatirle, y ella misma, al saber que sus capitanes habían tomado por asalto aquella plaza, acudió apresuradamente, y con su presencia infundió tal valor á sus tropas, que á los pocos días se le rindieron todos los fuertes, y el 20 de octubre evacuó la fortaleza el conde de Marialva, encaminándose á Portugal con algunos castellanos y unos pocos portugueses que le habían quedado. Poco á poco se fueron rindiendo las demás plazas, acudiendo á todas partes Isabel con su actividad incansable y con su admirable prevision y arreglándose finalmente en las capitulaciones de Valencia de Alcántara (1479) la cuestión con Portugal, cabalmente cuando el rey don Fernando, por fallecimiento de su padre don Juan II (19 de enero de 1479), adquiría los vastos dominios de la monarquía aragonesa para unirse indisolublemente al cado de tantos siglos con la corona de Castilla.

Así consolidaron su trono y comenzó aquel feliz reinado. No nos detendremos en hacer aquí una reseña de los hechos memorables que en él ocurrieron; basta lo que digimos ya en el texto de nuestra Historia; que no nos hemos propuesto hacer una disertación estensa que abarque todos esos hechos; hemos querido únicamente suplir aquí lo que por su estension no pudimos decir allí en notas y mostrar los medios de que la Providencia se valió para colocar en el trono de Castilla á los reyes católicos Fernando é Isabel y dar á nuestra patria un reinado tan venturoso que llevó á cima y feliz remate la obra de mas de siete siglos, es-

pulsando completamente á los moros con la conquista de Granada, y que tuvo por premio, digámoslo así, el hallazgo de un nuevo Mundo. Restanos únicamente, según ofrecimos en las notas de las páginas 595 y 599, añadir aquí algunos otros pormenores acerca de estos dos últimos é importantísimos sucesos. Sentimos haber de ser algo concisos, pues ya va harto abultado este tomo, y tendríamos que estendernos demasiado si hubiéramos de referir todo lo que preparó estos importantes sucesos.

Tan pronto como Isabel y Fernando restablecieron el orden y la tranquilidad en sus reinos y arreglaron con leyes sabias y oportunas los principales ramos de la administración pública, fijaron su vista y su atención en aquella hermosa porción de España que con mengua de la cristiandad y desdoro del nombre español estaba sufriendo cerca de ocho siglos hacia el yugo de la dominación musulmana. Príncipes tan amantes y celosos de la pureza de la fe católica, no podían llevar en paciencia que el estandarte de Mahoma siguiera ondeando en los muros de Granada y que los infieles sarracenos continuaran enseñoreándose del fértil territorio y de las hermosas ciudades del reino granadino. Afortunadamente la Providencia fué disponiendo las cosas de modo que pronto se realizaran los deseos de príncipes y pueblos tan cristianos como los españoles. Dominaba á la sazón en Granada (1475) el emir Muley Abul Hacen (Alboacen), y aquejado por las turbulencias que experimentaba en su reino, vióse precisado á pesar de su odio contra los cristianos, á prorogar la tregua con Castilla, á cuyo efecto envió embajadores á Sevilla donde se hallaban los reyes católicos. Contestaron estos que le enviarían á su vez un embajador á Granada para que espusiera las condiciones con que había de ajustarse la tregua. Presentose en efecto á las puertas de la ciudad morisca el comendador de Santiago don Juan de Vera con una lucida comitiva, é introducido en los salones de la Alhambra á la presencia de Muley, manifestó de parte de sus señores al rey moro que no podían aceptar la tregua sin que les aprontase el tributo de dinero y cautivos que sus antecesores acostumbraban á pagar á los reyes de Castilla. Pero el altivo musulmán contestó con arrogancia: «Id y decid á vuestros

soberanos que ya murieron los reyes de Granada que pagaban tributo á los cristianos y que en Granada no se labra ya oro sino alfanjes y hierros de lanza contra nuestros enemigos.» Silencioso y enojado salió Juan de Vera á llevar á los reyes sus señores tan adusta respuesta. Fuéles preciso á nuestros monarcas, dice Lafuente, revestirse de prudencia: ardiente y viva como se hallaba entonces la guerra con Portugal y desconcertado todavía el reino, aceptaron la tregua sin aquella condición, haciendo el sacrificio de su amor propio y difiriendo la venganza para mejores tiempos. Mas impaciente y fogoso Fernando que Isabel solía esclamar en momentos de indignación: «Yo arrancaré los granos á esa Granada uno á uno.» Templábase la prudente Isabel y exhortábase á que esperase con calma, pues tiempo vendría en que pudiera hacerlo.

Llegó en efecto, pues ya estaba felizmente terminada la guerra con Portugal y era muy otra la situación del reino cuando en 1481 rompió Muley la tregua sorprendiendo la plaza de Zahara, sorpresa que no faltó uno de los mismos moros que augurase había de ser la perdición de Granada, y por lo cual con lastimero acento empezó á esclamar: «¡Ay, ay de Granada! Las ruinas de Zahara caerán sobre nuestras cabezas; plegue á Alá que yo mienta, pero el ánimo me dá de que el fin del imperio musulmán en España es ya llegado.» No hizo caso Muley de esta predicción, antes por el contrario mostróse envanecido de su triunfo; mas hondamente afectados los reyes católicos por la desgraciada pérdida de Zahara no tardaron en acibarar su júbilo al emir granadino. Había este por sorpresa tomado á Zahara; pero los valientes castellanos tomaron luego (marzo de 1482) por sorpresa la rica ciudad y plaza de Alhama que era como un sitio Real de la corte de Granada de cuya ciudad distaba ocho leguas. Recordóse entonces el fatídico augurio del Santón de Granada que acabamos de transcribir y el patético romance de aquel tiempo, compuesto sobre el triste tema de: «¡Ay de mi Alhama!» demuestra cuán profunda debió ser la triste impresión que produjo en los ánimos de los musulimes, mientras llenó de júbilo á los cristianos y en Medina del Campo donde se hallaban los reyes se entonaban solemnes acciones de gracias al Dios de los ejércitos. En vano Muley Hacen intentó

una y otra vez al frente de un numeroso ejército recobrar la plaza; defendíanla los valientes españoles que supieron sobrellevar el cansancio y la fatiga y resistir á sus contrarios; Fernando é Isabel estaban atentos á todo y una y otra vez volaron en socorro de los sitiados y les proveyeron de víveres y municiones y ahuyentaron las huestes del emir que furioso y despechado tuvo que sufrir el oprobio de volverse segunda vez á Granada sin haber conseguido su intento; porque si bien no faltó en el consejo castellano quien opinase porque se abandonara la plaza, después de destruido todo, atendidas las dificultades de socorrerla, enclavada como estaba en territorio enemigo y espuesta á continuas acometidas, opúsose á ello enérgicamente la magnánima Isabel, haciendo presente que sería mengua y deshonor para las armas de Castilla abandonar una plaza que representaba el primer triunfo de aquella santa guerra; espuso que sería entibiar el ardor de la nación y estimuló á sus caballeros á que se aprestasen á abastecer á Alhama y á reforzar su guarnición. Hizose así en efecto, y el 30 de abril entró en esa plaza el ejército que iba en su auxilio, llevando al frente al rey Fernando. Surtieronse los almacenes, se repararon los muros, se repartieron premios entre los mas valerosos defensores, convirtieronse en iglesias cristianas las tres principales mezquitas bendiciéndolas el ilustre cardenal Mendoza y dotándolas de vasos y ornamentos sagrados; la piadosa reina ofreció bordar con sus propias manos los que habían de servir para el templo de la Encarnación, el primero que en su reinado se consagró al culto católico ganado á los enemigos de la fe; el rey dió las gracias por su heroica conducta á don Diego de Merlo y sus capitanes, que tan denodadamente habían resistido á los enemigos y defendido la plaza; se nombró gobernador de ella á don Luis Fernandez de Portocarrero, señor de Palma; se relevó la guarnición, que después de los trabajos sufridos habría menester de algún descanso, se la reforzó con mil ballesteros y cuatrocientas lanzas de las hermandades, y no queriendo el rey dejar aquella tierra sin hacer un alarde que hiriese el orgullo del soberbio Muley, salió con su hueste á correr la vega de Granada, destruyendo sembrados y molinos, apresando ganados, y